

INHUMACION DE UN HEROE



Palabras del señor Brigadier General ERNESTO BELTRAN ROCHA, al inhumar los restos del señor Coronel Borda, en el Panteón de las Fuerzas Militares.

Brig. Gral. ERNESTO BELTRAN ROCHA

Hace exactamente un siglo, un eminentemente compatriota entregó su joven vida, corta quizás en años de existencia, pero profusa en servicios meritorios, para cruzar el límite entre lo procedero y finito, y la inmortalidad. El señor Coronel José Cornelio Borda, Ingeniero Civil y Militar, perteneciente al arma de Artillería, de 36 años de edad en el momento de su inmolación, vivió lo suficiente para dejar un amplio renombre no sólo en su país natal sino en la hermana República del Perú, como también en ultramar, en varios países europeos especialmente Francia, quien lo distinguió con honoríficas designaciones.

Tuvo el señor Coronel Borda una variada serie de ocupaciones y cargos de muy diversa índole que caracterizaron una brillante inteligencia, un espíritu inquieto y orientado a servir sin beneficio material las nobles causas de su ideal patriótico, una mente inquisidora y equilibrada dispuesta al servicio de la verdad y la justicia, no importando la distancia o la cuantía del sacrificio que el servicio de tales ideales llegare a implicar. Es así co-

mo el estudio biográfico del Coronel Borda, nos produce una cambiante sucesión de actividades muy difíciles de conjugar en el común de personas: con igual dedicación y entusiasmo conocemos el desempeño de su papel activo militar, como su obra, en su calidad de ingeniero armamentista, en la construcción de piezas de artillería y estriado de cañones, técnicas que con los medios y recursos de aquella época significaba, sin duda, un progreso sustancial y muy eficaz para la lucha por la libertad; también se sabe de su acción en el magisterio, como de su interesante profusión de artículos y memorias sobre temas de la tecnología en la fabricación y adecuado empleo de materiales bélicos. Hasta que finalmente sabemos que alcanzó la corona de héroe y el título de mártir de la libertad cuando, al frente de una batería de costa, neutralizaba la acometida de la flota adversaria, en una jornada memorable para el Perú y, por sus implicaciones, para el nuevo continente americano.

¿Quién era entonces esta interesante figura que en tan corto tiempo escató la fama y el reconocimiento de

generaciones anteriores y presentes? Simplemente un hombre idealista, un continuador de la obra de quienes sellaron nuestra independencia, a quien la fortuna permitió actuar en una época en la que había que consolidar por medios cruentos el nacimiento a la vida de naciones independientes de los países americanos, acallando los intereses vindicatorios de otros países o la lucha intestina de los grupos políticos, aún sin suficiente madurez.

Nació **José Cornelio Borda** en casa solariega, vecina a Bogotá, el 4 de agosto de 1829, es decir, en las postrimerías de la existencia del Libertador Bolívar, y, por especial coincidencia, iba a ser aquél quien coadyuvara con los ejércitos del Perú para sellar en el combate de **El Callao**, la obra de liberación americana, terminando en esa ocasión con cualquier intento de reconquista extraterritorial.

A muy corta edad sufrió el joven **Borda** la muerte de sus padres, don **José Cornelio Borda** y **Esguerra** y doña **María Dolores Sarmiento Sánchez**, quedando al cargo de su tío don **Joaquín Sarmiento**; inició sus estudios a temprana edad en el plantel capitalino de don **Ulpiano González**. Sin embargo, las ambiciones del estudiante y su aplicación en la consecución de cada vez superiores conocimientos, buscaban horizontes más amplios, y es así como su tío proyectó la continuación de sus estudios en Francia, a donde llegó a la edad de 13 años, permaneciendo allí alrededor de 14 años hasta optar el título de ingeniero civil y militar, habiendo efectuado después una serie de viajes por varios países europeos, en los cuales con espíritu observador e investigación pormenorizada y metódica fue enriqueciendo prácticamente lo que había cimentado teóricamente a través de sus intensivos estudios.

En tal momento, alrededor de los 30

años de existencia de **José Cornelio Borda**, se presenta la disyuntiva común en aquellos seres que están predestinados para dejar escrito su nombre en las páginas de la historia; es la alternativa entre un horizonte tranquilo, de fama y distinción; de éxito y comodidad, y otro, erizado de incertidumbres y peligros, de vicisitudes y decepciones, de amargura y desesperanza; es la escogencia entre un cargo muy honroso como Ingeniero Jefe de los Ferrocarriles en Francia, o el regreso al seno de su familia, de su patria, de sus amigos y relacionados, para rendir a ellos el beneficio de sus conocimientos; como una predestinación del breve lapso por recorrer hacia la gloria, no dudó **Borda** en optar por la segunda alternativa, llegando a Colombia en 1859 y encargándose breve tiempo después de la Dirección del Observatorio Astronómico, cargo que regentó por breve tiempo, pues la contienda suscitada por la guerra civil de la Confederación Granadina, le llevó a donar su ayuda y esfuerzo, más por su propia posición y concepto del cumplimiento del deber ciudadano que por intenciones de partido; en ella actuó el Coronel **Borda** con singular acierto en su doble papel de profesional militar y de asesor técnico en el ramo de mejoramiento de material de artillería. Los resultados, adversos para él de esta guerra, le significaron un nuevo extrañamiento temporal y voluntario de su suelo patrio, pensando en conocer algunos países suramericanos antes de dirigirse a Europa.

Nuevamente, entonces intervienen los acontecimientos para llevar al Coronel **Borda** al sitio de su holocausto heroico: a raíz de su visita en Lima a un pariente cercano, se presenta el ataque de la escuadra española, surta inicialmente en **Valparaíso**, a las islas de **Chincha**, en abril de 1864, actuación

que produjo una reacción conjunta de los gobiernos suramericanos, la cual obviamente, habría de causar impacto en el ánimo del Coronel **Borda**, en razón de sus ideas, su fervor patriótico junto con sus calidades intelectuales y técnicas y su experiencia militar. Inmediatamente comenzó una serie de publicaciones y ofreció sus servicios al Gobierno del país hermano, con lo cual se ganó rápidamente la simpatía de las autoridades y del pueblo peruano. El Coronel don **José Galvez** Secretario de Guerra del Perú, en esa época, lo encarga con **Felipe Santiago Arancibia**, de la organización de las defensas costaneras de **El Callao**, ante la inminencia del ataque de la poderosa escuadra española, misión que se cumple en breve plazo, tal como así lo apremiaba la urgencia de los próximos acontecimientos.

Así amanece esplendoroso el día 2 de mayo de 1966; la fecha marcada por la historia para cimentar el honor de un país y cubrir con la dignidad del sacrificio, el valor y la entereza a los insignes defensores de un patrimonio nacional ultrajado. El Perú con su victoria en **El Callao** significó el afianzamiento de los esfuerzos integrados de los ejércitos que lucharon por la independencia, y el Coronel **Borda** con la entrega de su vida en suelo peruano, demostró que el conjunto bolivariano es una infinita extensión de terreno, sin limitaciones fronterizas, sin reservas o esquivencias propias de pueblos con anhelos divergentes o antagónicos, sino, por el contrario, con trayectorias mancomunadas y convergentes, con problemas comunes y complejos pero superables cuando, como en el caso del héroe, hay fe en el porvenir, confianza en las posibilidades propias, espíritu de darse entero e incondicionalmente al servicio de nuestra América. Cuántas vidas sacrificadas, cuántas mentes visionarias, cuán-

tos espíritus tocados por la aureola de lo imperecedero han emergido periódicamente desde la época de la emancipación americana hasta nuestros días, para marcar con su ejemplo patriótico en nuestra ansiosa progresión hacia el futuro, que debemos hacer honor a todos esos ilustres varones y esclarecidas damas, plasmando, con la evocación de su memoria y el influjo de sus ideas, una tierra de promisión fértil y productiva, políticamente libre, económicamente rica, socialmente incontaminada por ideologías diferentes a nuestras costumbres y creencias.

¡Manes de **José Cornelio Borda**! Después de que vuestros restos mortales recibieron una solemne sepultura y la respetuosa acogida en suelo peruano, que ese pueblo altivo y generoso retribuyó con emotiva gratitud y las más hermosas frases la ofrenda de vuestra vida juvenil en la batería de **La Merced** de la fortaleza de **El Callao**, que ganastéis la puerta de la inmortalidad, envuelto en los rayos del sol que hace emblema a nuestra hermana nación austral, regresan vuestras cenizas, tras un siglo de sucedida la épica acción, a reposar en la paz de los sepulcros, en la tierra que os vió nacer, en el mismo austero patio de nuestras Fuerzas Militares, que guarda con reverente afecto los restos de otros compañeros de profesión, quienes también han caído modesta, callada, discretamente inmolados al servicio de esta Patria, pero ante cuya grandeza de acción hace que pensemos, son dignos compañeros del terrenal descanso de vuestros despojos. Pero, como voz lo lográstéis, cuando por una mutilación de vuestro cuerpo, al producirse la explosión en el fortín de **La Merced**, aquél era violentamente dispersado junto con el del distinguido Coronel Peruano don **José Galves** y otros esforzados defensores de esta posición, que esa vuestra sangre

generosa, en un colosal abrazo fraternal, quedará para siempre incorporada al memorable escenario del campo de batalla que vos mismo habíais contribuido a hacer inexpugnable con el aporte de vuestra inteligencia, la sagacidad de vuestro criterio táctico y el acopio de vuestros conocimientos técnicos. Qué mayor satisfacción y orgullo nacional podemos sentir vuestros compatriotas al saber como llegaron los despojos del héroe, a abarcar en el espacio lo que el espíritu del mismo quiere para siempre estrechar desde la eternidad.

Señoras y señores:

Al recibir hoy las Fuerzas Militares de Colombia esta urna con las cenizas de quien fuera un ejemplo de virtudes militares y ciudadanas, no solamente nos corresponde el honroso deber de reincorporar al patrimonio nacional uno de nuestros prestantes valores humanos, sino que tendremos en adelante la oportunidad de montar guardia permanente a un distinguido antecesor en el ejercicio de las armas. Para nosotros los militares, nos sirve la memoria del señor Coronel Borda, como pauta de lo que quisiéramos fuera nuestra propia trayectoria; es decir, una prestación inquebrantable de servicio a las instituciones legítimamente constituidas, un valor rayano en el sacrificio en aras de la dedicación a toda causa noble y justa, un criterio de investigación metódica y perfeccionamiento en los progresos de las ciencias y técnicas que hagan relación con todos los intrincados y cada vez más complejos problemas de la ciencia bélica, una fe permanente en la grandeza de los destinos de nuestra nación, un renunciamiento a todo lo que sea beneficio personal si ello ha de dar mejor capacidad de servicio a la Patria que recibió nuestro juramento: las Fuerzas Militares, en suma, exponen al resto de ciudadanos un ejemplo de calidades y virtudes

como deben formarse sus componentes humanos en bien y para grandeza de la República. Por esto, la vida del Coronel Borda y la generosa entrega que hizo de la misma, será motivo para recordar su memoria no solamente con el orgullo de compañeros, sino como patrón de atributos a seguir, superando nuestras propias flaquezas y corrigiendo nuestras naturales imperfecciones.

Vuestro nombre, Coronel José Cornelio Borda, que hace cien años fuera conocido por todos los ámbitos del Perú y Colombia, seguirá mencionándose entre nosotros perennemente, al lado de todas aquellas grandes figuras humanas que forjaron en muchos campos de actividad la independencia de nuestro país y su incorporación a la vida republicana, con tesón, sacrificios, valor y sabiduría. Descansen en paz el sueño de los justos, vuestros despojos mortales y contribuya desde la eternidad la gloria del mártir a guiar nuestros pasos por las sendas del honor y la justicia, para lograr el juramento de nuestra promesa de soldados en bien de nuestra patria, para que así sintais desde el infinito que vuestra inmolación no fue estéril, sino antes bien, fructificó y se copia en nuestra generación y las futuras, para continuar manteniendo viva la llama de la libertad, esa llama que resplandeció con vuestra hazaña en el suelo peruano en el momento de donar vuestra vida. Vuestros restos, al igual que los del ave mitológica, tendrán la virtud de revivir permanentemente vuestro nombre, por sobre las cenizas del olvido, para plasmar en el corazón y en el recuerdo de vuestros compatriotas con caracteres indelebles, la grandeza de vuestro amor hacia el continente americano. Aquí os tendremos para siempre señor Coronel José Cornelio Borda con cariño, con respeto, y con veneración.